



PARAR A TIEMPO

“Ambos retrocedimos antes de que la discusión fuese más lejos, comprendiendo que nos estábamos empujando mutuamente a decir cosas que luego lamentaríamos, y que por muchas disculpas que nos dirigiéramos cuando se hubieran calmado los ánimos, nunca se nos acabarían borrando de la memoria.”.

La cita es de la novela “La noche del Oráculo”, de Paul Auster. Y la recojo por dos reflexiones. La primera: que efectivamente cuando una discusión se envenena, necesitamos pararla. Lo antes posible. Sin contemplaciones. Aunque sea desapareciendo del mapa. Porque el efecto multiplicador de cada palabra es evidente. Tu ataque provoca mi contraataque, y en una escalada que empieza con balas y acaba con bombas nucleares. La lucidez, en estas discusiones, consiste en pararlas. Sin cerrarlas, porque no es posible. Simplemente posponerlas para mejor momento. O matarlas.

Y la segunda: efectivamente las grandes agresiones se fijan obstinadamente en la memoria. Las heridas profundas escuecen mucho tiempo, y la cicatriz que dejan es permanente. Y no es cuestión de ser rencorosos, es que el daño deja huella.

Yo opino que todo se puede arreglar tras un encontronazo entre dos. Pero reconozco que las cosas no vuelven fácilmente al punto de partida, que el recuerdo (más o menos amargo, o punzante, o doloroso) permanece mucho tiempo.

Y añado una tercera reflexión: el nivel de conflicto que requiere parar de inmediato esa discusión no es el mismo para todas las personas ni para todas las relaciones. Hay personas que toleran más, y relaciones que aguantan más. Pero es un punto de no retorno: si lo cruzamos, tenemos un problema. A veces vale más calibrar a la baja, que arriesgarse a cruzar la línea. Y siempre será buena idea calibrar de acuerdo a la relación o a la persona.

Saber callar y saber hacer callar es, en la discusión descontrolada, la gran virtud.